

Olor a inferno

Carla Daniela

OLOR A INFIERNO



Capítulo 1

Solo en este mes, imaginé más de cien veces este momento. Imaginé cada detalle y cada posible falla.

Fantasee con cada palabra que iba a decir y ensayé hasta que gestos hacer, pero lo que nunca pude haberme imaginado era el olor. Me tomó por sorpresa. Un olor tan penetrante como un tatuaje en la mente, nunca se me borraría.

Penetrante y hediondo.

Me revolvió estómago y alma. No pude evitar detenerme a pensar en esto, acaso ¿Yo no conocía el olor a sangre? Claro que lo conocía. ¿Era la cantidad? ¿Era su propia sangre la que olía así, estaba podrido antes de morir? Ahí estaba parada yo, observando lo que tenía a mis pies, agotada y aturrida, pero más viva que nunca. Mi cuerpo tieso y duro, nada reflejaba lo que estaba pasando por mi cabeza: Mil pensamientos luchaban por surgir y plantarse: Dudas, miedo, satisfacción, alivio, terror. Mi mente repasaba cada segundo de lo que acaba de pasar -una y otra vez - como si eso me ayudara a resolver lo que seguía. No podía recordar el plan, no podía recordar cuales eran los pasos a seguir, solo podía pensar en ese olor y el pánico comenzó a adueñarse de mí.

Me busqué en el espejo, ahora roto, y no me encontré, en cambio, vi una cara igual a la mía, salpicada con sangre con una mirada fría y desorientada. Conversamos. Ella quiso convencerme que lo que pasó, tenía que pasar y tenía que pasar así y que toda mi vida me preparó y empujó a este momento. Intentamos recordar juntas que seguía, pero una laguna inundaba mi memoria y mi reflejo solo pudo aconsejarme fijar un nuevo plan.

Mientras, desde el suelo, el me miraba sin verme, con los ojos abiertos e inmóviles, apurándome a tomar una decisión, apurándome a reaccionar. Aun muerto su expresión reflejaba desprecio. Aun muerto, me presionaba. No dejaba de mirarme, sus ojos eran como esos cuadros que siempre te siguen. Su mirada me exigía una respuesta. Una respuesta de porque lo había matado y eso me enfureció. ¿Realmente no tenía una idea? ¿Realmente se creía eterno? En sus últimos segundos vivo ¿Se habrá arrepentido, por lo menos, de venir a mi casa? Antes, en el apuro de la situación, no pude expresar mis palabras y gestos ensayados, así que decidí darle la respuesta en ese momento, luego vería que hacer, pero ahora el solo debía y podía escuchar.

*

Carlos era mi tío, pero nunca lo pude llamar así. Siempre elegí llamarlo por su nombre omitiendo la insistencia de mi familia de llamarlo tío. Nunca quise que él se sienta cerca o parte de mí.

Él era una persona muy admirada en mi familia, era el pastor en la iglesia más "importante" de la ciudad y a diferencia nuestra, estaba bien acomodado económicamente. Toda la comunidad estaba hechizada con él, no puedo negar que tenía mucho carisma. Era un "santo" pero yo sabía muy bien que él no tenía el paraíso ganado y yo siempre quise regalarle el infierno.

Mis padres lo trataban como si le debieran algo, sus palabras eran sagradas y siempre debíamos servirle. Cada reunión familiar se convertía en el escenario para torturarme y Carlos había nacido para dirigir esa obra.

En cada almuerzo, debía escuchar sus acotaciones sobre mi aspecto. "Cuidado que ya se sirvió dos veces, nos descuidamos y nos deja sin almuerzo" "¿De verdad vas a comer pan? ¿No te viste al espejo?" Le encantaba burlarse sobre mi peso, era su pasatiempo favorito.

Les pedía explicaciones a mis padres –Como si yo fuera una niña- de porque no iba todos los días a la iglesia, porque dedicaba tanto tiempo a dios, solía insinuar que yo era la culpable de nuestra miseria. En alguna ocasión lo he escuchado advertirle a mi padre que yo había hecho un pacto con el diablo y probablemente por eso es que él estaba tan enfermo. Su postre favorito era ridiculizarme haciéndome preguntas que yo no sabía responder, para demostrar cuan tonta era yo. Cada reunión, aparecía un defecto nuevo y mi familia solo asentía con una pequeña sonrisa nerviosa.

Cuando era una niña pequeña me atrapó manchando su sillón con jugo y me golpeo tan fuerte en la cabeza que me desvanecí. Cuando desperté, nadie creyó en mi verdad. Lo que no sabía era que ese golpe, fue el primero de muchos.

*

De mi boca no salió ninguna palabra. Solo un grito ahogado. Solo llanto.

El charco de sangre crecía sobre la alfombra y el cuchillo aun en mi mano cortaba mi piel, cada vez más profundo. Y el olor.

Lloré y con cada lagrima dije lo que no podía decir mi garganta. En un punto ya no sabía porque lloraba. Me enfurecía no poder hablar, ni siquiera cuando él no podía responder. Me enfurecía su recuerdo, y me

daban useas solo de verlo tendido en mi piso. No me repugnaba tener un cuerpo en mi casa, me repugnaba tener ese cuerpo en mi casa.

En un estado de euforia, intenté mover el cuerpo, no importa a donde, con tal de no estar más cerca. Pesaba demasiado y mis brazos no podían levantarlo. Lo rodé hasta el baño, lo dejé ahí tendido boca abajo y me hice un té.

Mis pasos sobre la alfombra mojada, emitían un sonido burbujeante. Puse la pava en el fuego y esperé que el agua llegara a su punto de casi hervor. Me senté donde hasta hace poco tiempo yacía un cadáver, y con mis dedos rodeé la taza caliente, que me quemaba principalmente donde tenía el corte. Las agujas del reloj sonaban demasiado fuerte, y el té tenía el mismo olor que el aire.

Sabía que estaba alucinando, sabía que era mi imaginación, pero podía escuchar claramente los gritos que venían desde el baño.

-¡Sos una inútil, ni siquiera matarme podes! Gorda estúpida, ¿Ahora qué vas a hacer conmigo? ¿Qué le vas a decir a tu familia? ¡Te vas a ir a la cárcel, puta!! El mejor lugar donde puede estar una inservible como vos ino servís para nada! ¡Ni mi dios puede creer tu existencia! ¡Estúpida como el diablo! Era verdad, no sabía que decirle a mi familia, no sabía qué hacer con el cuerpo, y pronto alguien se dará cuenta de su ausencia, lo peor era que ya estaba por llegar mi familia. Si tan solo, podría recordar el plan.

La desesperación me invadió, me sacudió las entrañas y vomité. Tenía que tomar una decisión cuanto antes.

Sequé la sangre de los rincones, rocié la alfombra con lavandina e intenté limpiarla sin éxito. La recorté. Lave el cuchillo y escondí la zapatilla que se soltó, mientras rodaba.

Aún seguía escuchando los gritos desde el baño.

Busqué todas las bolsas de consorcio que había en mi casa, pero eran demasiado pequeñas para esconder a alguien.

Ahora eran carcajadas las que retumbaban en toda la casa. Corrí hacia el baño para callarlo, pero yacía de la misma forma que lo había dejado: Boca abajo y muerto, era imposible que esos gritos fueran reales e intenté tranquilizarme.

Recodé el bolso de viaje de mi hermano, ahí entraría perfectamente, pero había un solo problema: Estaba en la casa de Carlos.

Sin pensarlo, corrí a su casa -que quedaba a pocas cuadras- corrí tan fuerte como me lo permitieron mis piernas, ni siquiera pensé en como

entrar a su casa. Corrí salvajemente y reí. No sé si fueron los nervios, o la velocidad, o el alivio, o el horror, pero las carcajadas me salían a borbotones.

Cuando llegue a la puerta, el corazón me latía muy fuerte. Quise intentar forcejear la puerta, pero cuando me acerqué lo suficiente oí voces adentro.

Mi corazón dejó de latir.

Pegué mi oreja a la puerta sin hacer ruido y cerré los ojos para escuchar mejor. No podía entender lo que hablaban o distinguir las voces. Tome coraje, y toque el timbre con mis manos exageradamente transpiradas. Había sido una muy mala idea, mi aspecto me delataba.

Respiré muy hondo.

Luego de unos largos segundos, la puerta se abrió y ahí estaba parado, el. Mi tío. Carlos.

El olor. El mismo olor, era nauseabundo.

-¿Qué pasa nena? Escucha, está tu papa acá, no vas a decir nada de lo de hoy, disculpame si se me fue un poco la mano otra vez. No va a volver a pasar, no digas nada. Cambia esa cara.